

Elisa Gernaela Juana Raquel Nicora (1912-2001)

mente quitaron el puesto de gendarmería hace poco y ahora el aislamiento es total, pero igual voy a volver. Me gusta hacer ese tipo de vida: coleccionar plantas, ir a pescar, visitar algún lago vecino.

—¿Cómo se traducen en la práctica sus trabajos de investigación?

—Dentro de las gramíneas, que incluyen el maíz, el arroz, la cebada, mi tarea es clasificar y estudiar porque siempre aparece algo nuevo, plantas europeas o de países limítrofes que llegan al país y que nunca fueron coleccionadas. La parte práctica de todo esto tiene que ver con la economía, por ejemplo con mejores pasturas para el ganado. También es muy importante, dentro de lo científico, el intercambio internacional. Desde el Jardín de Botánica de Ginebra, Suiza, me mandan plantas para que determine su origen y su nombre correcto. Ahora tenemos un trabajo grande, de mucho valor científico porque el Darwinion está haciendo la flora del Paraguay y el trabajo será editado en Suiza.

—¿Por qué un país como Suiza consulta tanto a los botánicos argentinos?

—Ellos están en mejores condiciones que nosotros, pero me parece que acá se trabaja más, o al menos que hay más gente con entusiasmo trabajando en la investigación.

—¿Por qué cree que los distintos gobiernos nunca se han preocupado por la tarea de los científicos?

—Históricamente lo nuestro ha sido de sueldos muy bajos y de poco reconocimiento. Yo he dejado de ir a congresos nacionales e internacionales porque no tenía dinero para pagarme el pasaje. En Argentina siempre hay presupuesto para los políticos pero no para los demás. Acá en el Darwinion las cosas van llegando de a poco, pero llegan. Desde 1997 tenemos un director nuevo que es un muchacho joven, animoso, que se preocupa mucho. En lo personal yo hago lo que puedo y ayudo a países como el Paraguay.

—¿De qué manera ayuda?

—Dentro de la botánica, Paraguay es uno de los países más pobres. Cada vez que alguien viaja a Asunción le doy un cajón con libros de botánica que tengo en casa. Mi hijo y mi nuera son geólogos, mi nieta va a seguir ciencias económicas y mi nieto probablemente ingeniería. Así que prefiero que mi biblioteca vaya al Paraguay.

—¿Es cierto que usted sigue trabajando sin recibir ningún beneficio económico?

—Tenía un contrato con el Consejo de Investigaciones de la facultad de Agronomía y me pagaron hasta hace cuatro años. Después esos contratos se suprimieron y ahora no recibo nada

porque soy jubilada, y aparte por la edad que tengo. Pero soy feliz viniendo acá todos los días. Hasta aprendí a manejar la computadora el año pasado. Había jurado que nunca iba a aprender pero me manejo bastante bien, aunque a cada rato tengo que preguntar algo.

—¿Cómo llega todos los días a su trabajo?

—Son unos cuarenta y cinco minutos de viaje y siempre venía en colectivo. Pero tuve cáncer de intestino tres veces y el año pasado, estando en la cabaña del Vintter, me sentí muy mal. Cuando llegué a Buenos Aires me diagnosticaron cáncer de coxis. Desde entonces no me siento segura en el colectivo. Ahora vengo en tren y camino ocho cuadras hasta el instituto.

—¿Qué cambios destaca en las Ciencias Naturales a lo largo de todos estos años?

—Por empezar, hay más hombres que siguen la carrera. En lo científico, hasta el año pasado no se le daba ninguna importancia a la sistemática, que es lo que uno hace cuando determina las plantas. El interés estaba puesto en la citología, la genética. Pero se dieron cuenta que sin la sistemática no se puede hacer lo demás, porque de lo contrario no es posible saber el nombre de lo que se está estudiando. Ahora acá y en Estados

Unidos se están ocupando de eso.

—Desde sus sesenta años de experiencia ¿qué le transmitiría a los científicos jóvenes?

—La importancia de los viajes por el interior del país. Yo he salido mucho a coleccionar material. Los investigadores de mi generación fuimos al norte de Neuquén, a lugares en los que no había caminos ni nada. Ibamos en camionetas estancieras a la Cordillera del Viento, a las lagunas Varvarco y hacíamos campamentos. La riqueza de la investigación no pasa sólo por el laboratorio.

—¿Cómo es la casa de una botánica?

—Vivo en el barrio de Colegiales, en una casa muy larga con tres patios, dos de ellos de tierra. En uno hay una araucaria que tenía cuarenta años cuando la planté y hoy tiene noventa. Es mi mayor orgullo en lo privado. Pero todo lo que tengo no puede compararse con la casa de mi infancia. Ocupaba casi una manzana y teníamos un terreno enorme con plantas y una vaca. Yo vivía trepada a las higueras. Creo que de ahí me vino el amor por la botánica.

—¿Cuáles son sus proyectos en este nuevo año?

—Simplemente seguir viviendo.

CARMEN SAMPEDRO
FOTO: JORGE LABRAÑA

El árbol y el bosque

